

Concepto psicofisiológico, clasificación genética y proceso de integración del carácter

Si consideramos al carácter desde un punto de vista puramente psicológico, diremos que corresponde á las etapas terminales de los procesos psíquicos asociados y comprende, en consecuencia, su exteriorización, perteneciendo á la motricidad. De ahí esta definición ya clásica en Psicología: «el carácter en las personas, es su manera habitual de reaccionar».

De las propiedades de los procesos psíquicos en general, así como la afectividad es exclusiva de los procesos superiores en estado normal y determina la conciencia, la afinidad y la objetivación son los elementos esenciales del carácter.

La base fundamental de una buena parte del carácter está en la orientación de los procesos volitivos, pero solo la última etapa ó sea la ejecución, es la que nos permite apreciarlo.

En la voluntad se elaboran procesos internos que afectan la vida psíquica íntima del sujeto, como que caen en el dominio de la conciencia. Pero estos procesos tienden á ultrapasar el límite del circuito, y penetran ó no en la esfera motriz, de funciones automáticas dando lugar á la exteriorización ó no exteriorización de los procesos, que afectan así al sujeto en sus relaciones con las demás, en su actuación en la colectividad.

Nosotros no podemos juzgar á un sujeto por sus elaboraciones internas, sino por sus manifestaciones motrices; no podemos, pues, apreciarlo por sus intenciones, sino por sus actos.

Perteneciendo el carácter á la esfera motriz, constituye un conjunto de manifestaciones inconscientes, muchas de antigua data, automáticas; otras de data menor, simplemente habituales; y otras, en fin, recientes y aparentemente conscientes en su conjunto. Es por eso por lo que el carácter es de ocultación difícil, como muy bien lo saben los simuladores en este concepto, y se requiere un trabajo atento para poder conseguirlo con relativo éxito, evitando por tanto el frecuente contacto con las personas á quien se pretende engañar. En la vida íntima la ocultación ó desfiguración del carácter, es obra poco menos que imposible; lo común en casos semejantes es obtener modificaciones ó cambios introducidos por la

simulación misma, que aporta nuevas prácticas y con el andar del tiempo, crea hábitos nuevos y la «manera habitual de reaccionar» reciente, modifica ó transforma á la antigua, según los casos.

En todo proceso voluntario, como se sabe, entran como elementos, fenómenos subconscientes y conscientes y el proceso termina, para la voluntad, una vez cumplida la etapa de la decisión; pero el acto voluntario no se habrá completado, hasta no penetrar en la etapa motriz, ó sea en su exteriorización. En realidad esta última, no pertenece ya al proceso de las voliciones, sino que entra como elemento del carácter.

Pero no solo las exteriorizaciones ó no exteriorizaciones provenientes de elaboraciones de la voluntad, constituyen al carácter. Desde el punto de vista de la gestación previa del acto, se distinguen dos grupos evidentes de actos: uno, que corresponde á la motricidad producto de elaboraciones de la voluntad, actuales y por tanto conscientes, y el otro que abarca á la motricidad, cuyos procesos previos, se han automatizado, sea recientemente en la ontogenia superior (hábitos), sea desde tiempos remotos en la filogenia (instintos).

Pero los procesos voluntarios mismos están influenciados y en muchos casos supeditados á los automáticos que en ellos toman parte, puesto que basta que uno de los elementos constitutivos del proceso de la voluntad sea consciente, para que éste tome el aspecto de voluntario, ó digamos de él que es voluntario. De ahí la enorme gradación dentro de lo voluntaria, que marcha desde el límite de lo puramente subconsciente á los actos que, muy repetidos, no son objeto de deliberación y en la decisión solo es consciente una parte reducida del proceso, hasta los actos voluntarios provocados por causas trascendentales en nuestra existencia y cuyas etapas de elaboración y de decisión, han sido de muy costosa gestación.

Entrando los hábitos y los instintos como elementos subconscientes en los procesos volitivos, ora obrando como factores de impulsión, ora como factores de inhibición y siendo por su parte los hábitos y los instintos elementos primordiales del carácter, se infiere que en éste actúen de una manera notable, los dos factores, es decir, el reciente y el antiguo.

El orden cronológico estaría representado por la sucesión:

- A. Instintos.
- B. Hábitos.
- C. Actos voluntarios.

Las exteriorizaciones de $A + B + C$, constituyen el carácter. Pero observando más á fondo, veremos que la repetición de C, conduce directamente á B; de manera que la diferencia entre B y C, es de grado de repetición, dentro de la ontogenia superior; mientras que la diferencia entre A y B, es también de grado de repetición, pero de cualquier manera mucho mayor, porque una se realiza en la filogenia y la otra en la ontogenia superior.

En nuestras manos está la formación de B, mediante el ejercicio,

y en las de las generaciones, las modificaciones, la supresión parcial, ó la creación de los elementos de A.

Si consideramos á C, como medio ó procedimiento para la formación de B, diremos que, en el fondo, los elementos esenciales del carácter son $A + B$, puesto que la intervención de C que no conduzca á B, solo puede conceptuarse como un fenómeno episódico que no caracteriza al carácter y que, en caso de obrar en pugna con B, debe considerarse como un injerto extraño.

De manera que, en síntesis, tendremos dos factores poderosos: uno antiguo filogenético (herencia), y otro reciente, adquirido y por tanto ontogénico superior (adaptación), que dan lugar á los llamados *carácter innato* y *carácter adquirido*.

Llamado, para abreviar, H, á la herencia y A, á la adaptación, y teniendo en cuenta que ambos factores pueden obrar con intensidades iguales ó desiguales, obtendremos de su comparación, los siguientes valores:

$$\begin{aligned} H &= A \\ H &> A \\ H &< A \end{aligned}$$

También H ó A pueden obrar ora con mayor intensidad H sobre A, ó viceversa, lo que represento por:

$$H > A$$

Pero en $H > A$, puede ocurrir que H, obre como elemento de inhibición (H_i), ó como elemento de impulsión (H_p); lo mismo de en $H < A$, puede ocurrir que A, obre como elemento de impulsión (A_p), ó como elemento de inhibición (A_i) y tendremos, los casos:

$$\begin{aligned} H_i &> A \\ H_p &> A \\ H &< A_i \\ H &< A_p \end{aligned}$$

Estas actuaciones, en consecuencia, deben dar lugar á exteriorizaciones diferentes, y, por consiguiente, á diferentes caracteres.

De allí infero la clasificación genética de los caracteres que me permito proponer:

Siempre que A responda al concepto relativo de lo reputado normal ó conveniente por la colectividad en que el sujeto actúa y que H encuadre en la norma de conducta general aceptada, de su actuación aproximada ó igual en intensidad, resultará una exteriorización que se aprecia como equilibrada, un carácter ponderado ($H = A$), resultando los *equilibrados*.

Del desequilibrio se inferen los *desequilibrados*.

En estos se distinguen dos grupos:

1º Si el desequilibrio es constante ($H > A$ ó bien $H < A$), resultan los **desequilibrados estables**.

2º Si el desequilibrio no es constante ($H \gtrless A$), se producirán los casos de **desequilibrados inestables**, ó **caracteres amorfos**.

En los **desequilibrados estables**, según el predominio del factor antiguo ó del reciente, distingo:

a) Predomina el factor remoto ($H > A$) — CONSERVADORES.

En estos puede ocurrir:

1º Que el factor predominante actúe siempre como elemento de inhibición ($H_i > A$) — *Retrógrados*.

2º Que actúe como elemento de impulsión ($H_p > A$) — *Reaccionarios*.

b) Predomina el factor reciente ($H < A$). — INNOVADORES.

En estos también puede ocurrir:

1º Que este factor predominante obre siempre como elemento de inhibición ($H < A_i$). — *Negativistas*.

2º Que actúe como elemento de impulsión ($H < A_p$). — *Reformadores*.

En los CONSERVADORES se distinguen así dos variedades, representadas por los sujetos rutinarios, donde H obra como elemento de inhibición contra toda acción de A, y no cambian de costumbres, género de vida, etc.; son en definitiva, los *retrógrados*, y por los *reaccionarios*, donde H obra como elemento de impulsión sin el control de las inhibiciones de A y, por tanto, se exteriorizan en el sentido de su combatibilidad, para hacer resurgir á H y traerlo á la actualidad.

En los INNOVADORES también se presentan las dos variedades: los *negativistas*, donde A obra como elemento de inhibición para H y son innovadores en el sentido de no aceptar la rutina, de apartarse de lo antiguo, de no hacer lo que hace la generalidad, y los *reformadores*, en los que A obra como elemento de impulsión, sin el control de H y se caracterizan, no solo por desechar lo antiguo, sino por su combatibilidad para imponer lo nuevo.

En los **desequilibrados inestables** ó **caracteres amorfos**, el predominio es ora del factor reciente sobre el remoto, ora del remoto sobre el reciente, los que á veces actúan como elementos de impulsión, á veces, en forma de inhibición, dando lugar á caracteres muy poco definibles ó indefinibles, sometiéndolos á la comparación con los otros caracteres.

En los **desequilibrados estables** el desequilibrio, ó mejor, el factor prevalente, como he dicho, puede obrar como elemento de impulsión, ó como elemento de inhibición; pero en cualquiera de los dos casos, su actuación es siempre la misma.

En una palabra, en los dos factores remoto y reciente, puede existir equilibrio ó desequilibrio; el último, ser estable ó inestable, y el agente preponderante obrar como elemento de impulsión, ó como elemento de inhibición.

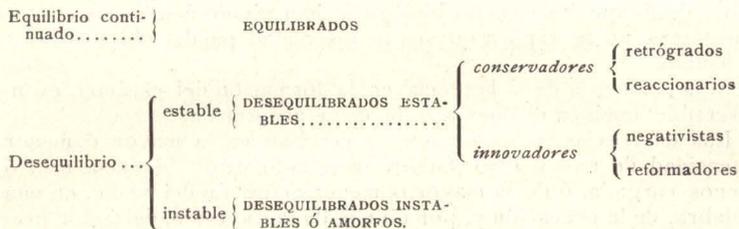
La clasificación se basa pues: en la intensidad de los factores, en el tiempo de la actuación y en su dirección ú objetivación.

En esta clasificación genética y fisiológica puramente esquemática, caben todos los caracteres que, en mi concepto, constituyen solo matices dentro de las categorías que establezco y resultan de la mayor ó menor participación, sea de la actividad, de la afectividad, de la intelectualidad, etc., etc., de donde surgen las clasificaciones puramente sintomáticas, diré así, de los caracteres, en activos, afectivos, intelectuales, etc., etc., con todas las subdivisiones que, en definitiva, no representan más que términos de gradaciones en realidad mucho mejores.

La clasificación genética que propongo, resulta relativamente muy completa, dentro de lo reputado normal, y su simplicidad se debe á los puntos de mira que la han guiado, ordinariamente descuidados, ó no tenidos en cuenta, en las demás clasificaciones.

A continuación va expresada en forma de cuadro, con el objeto de dar una idea sintética mucho más clara:

CLASIFICACIÓN GENÉTICA DE LOS CARACTERES



El carácter es, en último análisis, una síntesis sumamente compleja de procesos de remota filogenia y de procesos recientes, que se simbiosizan exteriorizándose de acuerdo con su intensidad (equilibrio ó desequilibrio) y con su dirección ú objetivación positiva (impulsión) ó negativa (inhibición).

Las interminables discusiones sobre los factores determinantes del carácter, más que sobre otra cosa, han versado sobre la importancia relativa del factor antiguo ó del factor reciente, comprendiendo por factor antiguo, lo automatizado en la filogenia y por factor reciente lo adquirido en el curso de la vida, ó sea en el proceso superior de la ontogenia. En otros términos, se ha discutido la influencia de la herencia y de la adaptación, el carácter innato y el adquirido.

En este tópicó, los autores que más han participado en las controversias, apasionándose con su tesis, concluyeron generalmente por encarar el asunto desde un punto de vista unilateral, y así se

explica cómo HELVETIUS diga: « todos los hombres nacen iguales y con iguales aptitudes, solo la educación establece diferencias », cómo ROUSSEAU, sostenga aproximadamente lo mismo; y sin tener en cuenta que esta afirmación niega las leyes fundamentales biológicas de la herencia, que hoy son hechos, STUART MILL, TAINE, PAYOT y el mismo SERGI, se inclinen en ese sentido, en forma manifiesta.

Por otra parte, SCHOPENHAUER concluye que « todo ser obra según su inmutable naturaleza », y G. LE BON, dice: « la educación tiene muy poco poder para modificar los sentimientos ».

Mientras VOLTAIRE y AMIEL vienen á negar, en definitiva, la influencia de la adaptación, HELVETIUS y ROUSSEAU niegan la de la herencia.

Alrededor de estas verdaderas exageraciones han campeado no pocos psicólogos eminentes, perdiendo de vista la realidad de los hechos.

Se comprende que tales asertos pudieran prosperar y prosperasen, cuando las ciencias biológicas estaban en su período embrionario; se comprende que esas tesis unilaterales tuviesen adictos, cuando aun no se había penetrado en los complejos fenómenos de la herencia y de la adaptación, y se explica, por último, que se conceptuase al niño como un ser angelical, dotado de todas las bondades y virtudes, en tiempos en que podía prosperar ese criterio poético y sentimental. Pero desde que las ciencias biológicas han venido á solucionar estas cuestiones, no se explica que en la actualidad pueda aún discutirse el asunto.

Si la influencia de la herencia en la formación del carácter es indiscutible, también es innegable la de la adaptación.

Las diferencias en los caracteres estriban en la mayor ó menor intensidad de uno ú otro factor, resultado de la herencia más ó menos cargada, ó de la mayor ó menor actuación del medio, en una palabra, de la educación y, por último, de la dirección, del factor predominante.

Estas direcciones y particularmente las intensidades tan diversas en los individuos, donde cada uno es un caso particular, es lo que ha motivado las discusiones, puesto que ellas se han basado en ejemplos, es decir, en sujetos, y no en los resultados que pudieran arrojar las estadísticas producto de investigaciones científicas.

En el terreno afectivo-emocional, como en el intelectual, como en el de la actividad motriz, la influencia de la herencia es incontestable, como lo es la de la adaptación. Ambos factores influyen poderosamente en el desenvolvimiento progresivo de las aptitudes, y ambos cooperan en la formación del carácter definitivo del individuo.

De modo que el carácter, como síntesis que únicamente se opera en la edad viril, será el resultado de la integración sucesiva de la herencia, más las modificaciones ó nuevas organizaciones que aporte la adaptación, tomando también á este factor en toda su amplitud.

Si aplicamos al niño la definición del carácter del adulto, concluiremos que el niño no tiene carácter. La estabilidad, diré, es incompatible con la evolución psicológica del sujeto. El dicho tan común: «*genio y figura, hasta la sepultura*» parece que ha surgido de los casos excepcionales, que aparecen acá y allá y llaman desde luego la atención; además, no puede extenderse á todo el conjunto de manifestaciones que constituyen el carácter, puesto que el «*á fuerza de golpes se hace el hombre*» es un hecho sumamente vulgar y que puede comprobarse á diario. Los mismos dichos y refranes, revelan la existencia de sujetos estables en su manera de reaccionar, pero cuya estabilidad reconoce su límite. En nuestro medio, la filosofía popular puesta en boca del *Viejo Vizcacha* en el «*Martín Fierro*» pone de manifiesto al carácter innato y á la influencia de agentes extraños.

Si por una parte dice:

«El que no sabe guardar,
siempre es pobre aunque trabaje;
nunca, por más que se ataje,
se librará del cimbrón.
Al que nace barrigón,
es al ñudo que lo fajen».

que revela una tendencia congénita; por otra, en la siguiente estrofa, se expresa que el carácter congénito sufre alteraciones notables:

«El hombre, hasta el más soberbio,
con más espinas que un tala,
aflueja andando en la mala
y es blando como manteca.
Hasta la hacienda baguala
cae al jagüel con la seca».

Pero si la definición del carácter del adulto no es aplicable al niño, de ahí no puede inferirse que carezca de carácter, puesto que el niño reacciona y exterioriza sus procesos internos. El niño marcha hacia la integración propia del adulto y en cada etapa de su evolución, tiene un carácter determinado.

El factor biológico herencia, establece orientaciones generales, donde con infinidad de variantes—más en la forma de exteriorización que en el fondo—cabén todos los sujetos dentro de una misma edad. Toda la niñez está orientada en el sentido nutritivo (período nutritivo de las voliciones), mientras que la pubertad lo está en el sentido genésico (período genésico de las voliciones).

Del primer período, ó mejor dicho, de la primera orientación, el sujeto evoluciona, por proceso natural, hacia la segunda. De manera que, durante la niñez, tendremos un *cachet* típico en las reacciones del niño, que constituye el carácter infantil, propio de esa edad y muchas de cuyas reacciones han dado lugar al «*son cosas de muchachos*», y durante la pubertad, se manifiesta en otra dirección,

y constituye el carácter propio de la pubertad «*cosas de la juventud*». No se dirá, pues, que en la niñez y en la pubertad no existe el carácter, lo único que puede afirmarse es que no posee los caracteres con que se manifiesta en la edad viril.

Desde el punto de vista psicológico, el adulto llega á la posesión de su carácter—independientemente del carácter de que se trate—por un lento proceso de integración.

Se dice que se debilitan los caracteres, ó mejor dicho, las reacciones de origen nutritivo á medida que el niño avanza en edad, para acentuarse poco á poco las de origen genésico, las que á su vez se atemperan á medida que el sujeto penetra en la edad adulta. Pero lo que en realidad existe es un proceso de lenta integración y el debilitamiento ó aminoramiento es solo aparente. En la niñez las reacciones de orden nutritivo aparecen violentas, ocupando el primer plano, por ausencia de todo competidor, diré así, en la psique del sujeto; reinan únicas, pero en cuanto debuta el período sexual, las reacciones deben dividirse; pero como la capacidad vital aumenta, resulta una división más aparente que real, división de las reacciones, más no de la intensidad primitiva ó anterior. Conquistada una etapa, la retrogradación es imposible. En el adulto el *summun*, mucho mayor que el del púber y, por tanto, mayor aun que el del niño, está dividido en tres orientaciones: nutritiva, genésica y emotivo-intelectual. La última ocupa el primer plano, prevalece sobre las demás, en las condiciones ordinarias de la vida; pero esto no indica que las reacciones nutritivas ó genésicas del adulto, sean menores en intensidad á las del niño, ó del púber; al contrario, en virtud de su mayor capacidad vital, son mayores; pero ya no ocupan más el primer lugar, puesto que tienen su competidor (de orden tan biológico como ellas mismas) en las reacciones de origen emotivo-intelectual.

No existe debilitamiento ó aminoramiento; al aumentar la capacidad vital se amplifica el campo de las reacciones y el proceso va de más á más.

En el proceso de formación del carácter, debemos tener en cuenta que la orientación de las reacciones en el sentido nutritivo de la niñez y genésico de la pubertad, son hechos establecidos en la filogenia; obedecen al factor biológico herencia y por tanto, siendo su aniquilamiento imposible en la ontogenia, toda tentativa de supresión ó simplemente de acentuada modificación, debe necesariamente fracasar.

Dentro de estos marcos establecidos en nuestro *filum*, debemos integrar al sujeto para obtener el carácter definitivo en la edad adulta.

En la educación del sujeto el período que más se violenta, es precisamente el más delicado, el genésico, y es por otra parte, por múltiples preocupaciones, por prejuicios diversos, el más difícil de tratar, hasta el punto de constituir, para infinidad de padres y buen número de maestros, un problema insoluble. En este tema creo que FOREL está en lo cierto; el asunto debe encararse «*tout naturellement*», puesto que es un hecho biológico, que por más que

finjamos ignorar, por más que querramos hacer creer que puede pasar inadvertido, no por eso está en nuestras manos suprimirlo, é insensata de todo punto de vista, resultaría una tentativa semejante. El período genésico existe y puesto que las reacciones genésicas son hechos, debemos admitirlos como fenómenos normales y dentro de ese marco encauzar el carácter de los púberes. Todas las mogigaterías y escrúpulos, ajenos por completo á los conceptos de la ciencia, no solo están de más, sino que pueden ser perjudiciales, obrando en el sentido de la inconducta actual y futura del individuo.

Pero dejaré este asunto ya muy tratado, especialmente por algunos eminentes psicopatólogos moralistas y por muchos educadores, para ocuparme del proceso de integración del carácter.

Si analizamos el mecanismo del complejo fenómeno que se llama voluntad, en el niño, desde el primer momento observaremos que la etapa de la *deliberación* es la que flaquea, con respecto á la del adulto, y que tanto más rudimentaria es cuanto menor es su edad, hasta aparecer completamente nula, durante la primera infancia.

Mientras la deliberación y la decisión disminuyen con la edad, el fenómeno motor aumenta. En otros términos, de la energía que consume el proceso voluntario, desde la concepción del acto hasta su ejecución, el fenómeno motor la absorbe por completo en la primera infancia y el mental es nulo; á medida que el sujeto avanza en edad el factor mental reclama una parte cada vez mayor de esa energía y el motor disminuye. De ese modo se explica cómo los actos del niño, estén revestidos de un sello impulsivo fisiológico, propio de la edad. Siendo pues la deliberación nula ó rudimentaria, porque el factor mental, que es su base, es rudimentario, los actos del niño se distinguen por su carácter impulsivo.

Pero no solo la falta de desarrollo de la intelectualidad obra en el sentido indicado. Dos factores determinan especialmente los actos impulsivos del niño.

1º Ausencia de elementos reductores de inhibición. La mentalidad del niño no puede obrar como elemento de control contra la acción impulsiva de los afectos y particularmente de las emociones del niño.

2º La afectividad infantil es funcional, sensorio-motriz, ideomotriz ó ideo-sensorial, según la edad, y la emotividad está caracterizada por abarcar el estrecho campo de las emociones de reacción violenta y fugaz, lo que determina exteriorizaciones en forma impulsiva.

Desde el punto de vista de la inhibición, resultante de la intelectualidad, estas dos determinaciones no se observan en el niño por convencimiento propio.

a) Ejecutar algo desagradable, porque así conviene.

b) No ejecutar algo agradable, porque no conviene.

Al adulto capaz de realizarlas, se ha dado en llamarle «hombre de carácter». Así se dice de los sujetos que hacen alarde de dominar sus pasiones, de refrenar ó suprimir sus aficiones, de aho-

gar las tendencias á que todos estamos naturalmente inclinados, de dominar sus pequeños vicios, de no realizar actos que todos realizaríamos en igualdad de circunstancias, y también muchas veces de los sujetos que «no pueden guardar las cosas» que «cantan la cartilla» ó «plantan cuatro frescas», lo que, en la mayor parte de los casos, acusa simplemente incultura, como el confundir franqueza con grosería, etc. Naturalmente, estos caracteres encuadran en los desequilibrados, especialmente los últimos sujetos á predominio del factor emotivo. Son caracteres infantiles y no viriles, porque tienen el sello impulsivo, consecuencia de la falta de inhibición. Si el niño en muchas ocasiones no planta cuatro frescas, es porque el sentimiento depresivo del temor, ultrapasa á la acción impulsiva de la ira; el elemento reductor de inhibición es de origen emotivo, por más que la emoción responda á rudimentarios razonamientos, crepusculares diré y fugaces.

De cualquier manera tales «hombres de carácter» resultan menos equilibrados que el niño, desde el momento que en éste, en muchas ocasiones, aunque de origen emotivo, existe el elemento de inhibición que en aquellos falta.

El carácter se irá integrando con el desenvolvimiento gradual de las aptitudes:

- 1º Físicas.
- 2º Intelectuales.
- 3º Morales.

1º Por cuanto proveerán al sujeto de mejores elementos de lucha y completarán, robusteciendo, las aptitudes psíquicas.

2º Se acoplarán como medios más eficaces que los físicos en la lucha por la existencia y actuarán como factores de inhibición ó de impulsión, según los casos, pero siempre como elementos de equilibrio.

3º Porque evolucionarán desde la afectividad motriz, hasta la intelectual, y desde las emociones de carácter violento y fugaz, hasta las de reacciones lentas y duraderas (aficiones, inclinaciones, pasiones),

En esta integración obran los dos factores primordiales: herencia y adaptación. La primera integrará según la ley de herencia homócrona, la segunda, mediante disciplinas y ejercicios adecuados, que en su conjunto constituyen la educación.

Como lo he manifestado en lo pertinente al primer factor, sólo puede modificarse en la filogenia, puesto que á ella pertenece; el segundo se hace directamente en la ontogenia.



Veamos someramente cómo se puede integrar el carácter desde el punto de vista puramente psicológico, mediante la educación; en una palabra, cómo se puede formar el carácter. Pero debo hacer una advertencia necesaria: trataré exclusivamente la inte-

gración del carácter en el concepto psicológico, sin tener en cuenta la orientación, puesto que la orientación puede variar enormemente, mientras que la integración es única. Las orientaciones responden á conveniencias personales ó locales: formar tal ó cual carácter, el carácter del ciudadano argentino, holandés, japonés, alemán, etc.; el llamado carácter nacional. La integración del carácter, responde á conceptos biológicos; la orientación responde á conceptos convencionales, morales, etc., y es siempre más ó menos unilateral en los medios de integración del carácter, en los procedimientos empleados para llegar al fin propuesto.

Esbozaré, pues, el plan general de integración, sin preocuparme de los medios que cada cual puede aplicar según una orientación determinada, que responda, sea á conveniencias particulares (de la familia), ó colectivas (del estado).

I.—Para integrar normalmente el carácter se requiere una educación física armónica, tendiente al desarrollo integral, no especial. Las clases impropiaemente llamadas de educación del carácter, no revisten mayor importancia para ese fin, que las de cultura física.

Se saben las modificaciones que aporta al mismo carácter del adulto el estado anormal de las funciones. El sentimiento cenestésico obra ó influye directamente sobre las fluctuaciones del carácter. Es proverbial el carácter de los sujetos contrahechos, deformes, etc.

El estado de salud es fundamental. El ejercicio físico no obra exclusivamente en el sentido del desarrollo de la energía muscular, sino que beneficia toda la economía.

Es un grave error considerar como cantidad despreciable el aporte de la cultura física en la formación, ó mejor dicho, en la integración del carácter. Recuérdese, simplemente, que la división clásica de las aptitudes en físicas, morales é intelectuales, ó reduciéndolas más, en físicas y psíquicas, es artificial y solo cómoda para la metodización de los estudios, que en definitiva tales aptitudes no son desglosables ó separables, que son solidarias en la economía general y que se auxilian y se complementan en la realización de la vida.

Se arguye que en la lucha por la existencia el factor físico ya no es el más eficaz y que la lucha misma cada día se hace más intelectual y por tanto la cultura física no es de mayor necesidad para alcanzar el éxito. Todo esto estaría muy bien si se entendiera por cultura física exclusivamente el desarrollo del sistema muscular; pero es que en verdad, el desarrollo del músculo, solo es una parte de la cultura física; el problema es mucho más amplio y se desdobra, diré así, para encarar directamente la influencia de la cultura física sobre el desarrollo de las aptitudes psíquicas. Por otra parte se dice y se constata con millones de ejemplos que los más intelectuales no son aquellos que descuellan por sus aptitudes físicas y que *meus sana in corpore sano* no es tan cierto hoy, dado que los talentos y los genios no son precisamente aquellos que

han gozado de mejor salud. Yo mismo he participado de esas opiniones tendientes á rebajar la importancia de la cultura física, erróneas hoy para mí y opino como ROMERO BREST cuando á propósito de los argumentos referentes al mayor perfeccionamiento de la inteligencia mediante su mayor cultivo, dice: «Es claro que ha de producirse un mayor perfeccionamiento en el órgano que más trabaja, cerebro ó músculo, pero ello no prueba de ninguna manera que los tales intelectuales no hubieran sido superiores si hubieran seguido un desarrollo físico, no exclusivo, sino armónico, lo que en suma significaría el verdadero perfeccionamiento, no en el sentido educacional de la palabra, sino en su sentido biológico. (1)

Falta saber en realidad si los hombres de talento, hubiesen perdido parte de sus aptitudes, sometiéndose á una educación física adecuada; lo común es que la hayan descuidado, con detrimento de su salud por lo menos. Lógico, pues, es creer que al ganar en salud, hubiesen ganado en actividad y por tanto, hubiesen producido más. También los atletas no descuellan por su inteligencia, pero en ellos la educación física ha sido unilateral por una parte y han descuidado lamentablemente la intelectual por otra; en estos casos se trata de un desarrollo parcial y exclusivo; en ellos es aplicable el principio de que todo desarrollo excesivo de un sistema se hace con detrimento de otro; son casos en que se rompe la armonía.

Por mi parte, he conocido de cerca al sabio FLORENTINO AMEGHINO cuya producción intelectual fué realmente asombrosa. AMEGHINO, solo descuidó los ejercicios físicos durante los últimos años de su vida. En su niñez, durante su pubertad y gran parte de su edad viril, AMEGHINO, trató de huir en lo posible, del sedentarismo al que miraba siempre como un enemigo en acecho. Realizaba cuotidianamente excursiones; practicaba la equitación y la natación y hacía grandes tiradas á pie. Se preciaba de tener robustos músculos, especialmente en las extremidades inferiores y hablaba de caminatas desde la estación Once de Septiembre hasta Mercedes (Provincia de Buenos Aires), realizadas entre sol y sol. El mismo caso ocurre con el sabio SPEGAZZINI cuya cultura física nada deja que desear y ha realizado y realiza excursiones donde debe poner constantemente á prueba sus energías. AMEGHINO poseía un temple de espíritu, una fuerza de voluntad y una robustez psíquica completamente excepcional y otro tanto puede decirse del doctor SPEGAZZINI.

Si los ejemplos abundan en sentido desfavorable para los ejercicios físicos, con las objeciones á que dan lugar, no menos abundantes son los ejemplos favorables. En los citados, tenemos dos sujetos descollantes desde el punto de vista mental y con una cultura física, no descuidada nunca y más, aún, muy por encima de la generalidad. Lo que se destaca en ellos en una integración normal

(1) E. ROMERO BREST «Influencia del ejercicio físico en el desarrollo cerebral». Pág. 32, 1904.

del carácter, desde el punto de vista de los tres factores y cabe, pues, suponer que faltando uno de ellos, el físico, no lo hubiesen poseído tan completo y, por tanto, tan perfecto.

Pero dejaré estas consideraciones para encarar el asunto en sus relaciones psicológicas.

El carácter comprende la etapa de la exteriorización y está constituida por un conjunto de fenómenos motores, cuya gran mayoría se realiza en la subconsciencia. Considerada esta motricidad desde el punto de vista puramente psicológico, diré que es la objetivación y afinidad de los procesos conscientes, que habiendo estado revestidos de afectividad positiva ó negativa, la han perdido por la repetición, y se han convertido así en subconscientes en las condiciones normales ó usuales de la vida. Y digo en las condiciones usuales, porque la afectividad, en los procesos de exteriorización, reaparece en cuanto las resistencias aumentan; así es violento obrar en contra de su carácter «hacer lo que no es para el carácter de uno» como es placentero «obrar conforme á su carácter».

En los procesos psíquicos se distinguen desde el primer momento tres caracteres que tienen directa relación con la cultura física: la objetivación ó tendencia á la realización de los actos, á que los procesos invadan la zona motriz; la afectividad, que hace á la objetivación positiva ó negativa, y la afinidad, ó sea la coordinación de los fenómenos, que en el caso de la cultura física, sería la coordinación motriz, necesaria para la objetivación de los fenómenos psíquicos.

Las tres forman un conjunto armónico. Sin afectividad la objetivación es pobre por falta de energía y por incompletud de la afinidad. De donde, la cultura física está íntimamente relacionada con la psíquica, por sus bases fundamentales.

Por otra parte, sin sensaciones no hay psiquismo posible y la cultura física, provee directamente al desarrollo de los centros sensoriales por el ejercicio de los órganos periféricos. Trae como consecuencia mayor acuidad y también extensión del campo sensorio, de donde resulta contribuyendo directamente al desarrollo psíquico del sujeto.

Su esfera de acción es más amplia en la visión, en la audición, en las sensaciones táctiles y térmicas y con más particularidad en las de orientación y muy especialmente en las musculares.

La cultura física es el medio más eficaz y en nuestro sistema de educación quizá el único—sin que en general se tenga en cuenta que consigue ese objeto, quizá superior al desarrollo del músculo que es el proclamado—de ejercitar y desarrollar el sentido muscular y el de orientación.

Para la vida psíquica del sujeto las sensaciones musculares y de orientación revisten una importancia mucho mayor de la que en general se les atribuye, especialmente como base ó punto de partida de una evolución superior (recuérdese que los niños son motores). Por lo demás, su importancia es tan grande que basta tener en cuenta que la anulación de las sensaciones musculares es incompatible con la vida, mientras no lo es la de las sensaciones visuales, gustativas ó auditivas, etc.

No es este el lugar para poner de relieve el papel de ambas sensaciones. Mi objeto es significar que la cultura física provee, no en forma indirecta, sino directamente á la cultura psíquica y que como elemento de integración del carácter reviste tanta trascendencia como la intelectual ó la del sentimiento.

Gracias á los trabajos de ROMERO BREST y á su constante propaganda, se va conceptuando hoy á la cultura física, no solo como un agente del desarrollo muscular y de la salud general, sino también como un auxiliar eficaz del desarrollo mental y moral del sujeto.

II.—Supuesta una educación física racionalmente encauzada, veamos el segundo elemento de la formación del carácter ó de su integración: el afectivo-emocional.

Como he dicho, la evolución de los afectos está indicada por la siguiente sucesión:

1º, funcional; 2º, sensorio-motriz; 3º, ideo-motriz é ideo-sensorial; 4º, sexual; 5º, intelectual.

La evolución de la emotividad es:

1º, emotividad ligada á la satisfacción del instinto nutritivo y de todas las funciones que directa ó indirectamente tiendan á ese fin (*necesidades, deseos*); 2º, emociones rudimentarias ó de reacción violenta y fugaz; 3º, emociones complejas de reacción intermedia ó más duradera; 4º, emociones de reacción violenta y duradera; 5º, emociones *saturadas* ó de reacción lenta y constante (*inclinaciones, tendencias, aficiones, pasiones*).

En la integración el camino es ese.

Todo lo que no respete el proceso evolutivo, no puede sino perjudicar. Todo lo que tienda á detener al sujeto en una etapa (cultivar, por ejemplo, la emotividad de reacción violenta y detenerse en ella demasiado), estaciona el carácter y forma, en consecuencia, un carácter infantil.

Por otra parte, toda prevalencia del factor afectivo-emocional no tiende á la integración normal, sino á la formación de caracteres que obran bajo el imperio impulsivo de los afectos y de las emociones y los sujetos llegan á púberes ó á hombres con un carácter de niño.

La cultura del sentimiento es necesaria, pero de ninguna manera puede erigirse en la piedra angular de la formación del carácter, como lo pretende la escuela sentimental. Basta ya con el hecho de que la afectividad y la emotividad, sean primitivas con respecto á la intelectualidad y no es, pues, necesario exagerar su importancia y exaltarlas por medios artificiales.

En general, y con un valor solo relativo, la adaptación en el niño, más obra en el sentido de destruir legados, no ya patológicos, sino perfectamente fisiológicos, que en el de crear.

So pretexto de una moral á base de sentimientos, fantasista, fanática ó utópica, no deben exaltarse en el niño los sentimientos altruistas. Toda exaltación implica desequilibrio, marcado predominio, que podrá ser muy útil para la colectividad, pero perniciosa para el sujeto.

Los casos de hipoemotividad, como los de hiperemotividad, llevan en su carácter el sello típico de la ausencia ó de la marcada prevalencia de ese factor. La educación no debe tender á ninguno de esos dos extremos.

He tenido oportunidad de criticar en sentido desfavorable la adopción de textos de lectura, con el fin de hacerlos servir como medio de educación de los sentimientos del niño, de la índole de «*Corazón*» de EDMUNDO D'AMICIS, evidentemente muy hermoso, y desde el punto de vista afectivo, desideratum si se quiere; pero falso, en el concepto de la lucha por la existencia en el período actual.

Como en el niño la intelectualidad es pobre, prima la afectividad y la emotividad y como estas tienen un *cachet* impulsivo, los actos del niño toman ese aspecto. De modo que lo que distingue el carácter infantil es la ausencia de inhibición, ó en otros términos, la prevalencia de la impulsión. Pero como, por otra parte, el campo de los afectos y de las emociones del niño es restringido, porque estos están aún en vías de evolución, resultan impulsivos casi unilaterales.

Los casos de estacionamiento en el carácter, están representados por los adultos que se dejan transportar por sus pasiones, por los caracteres arrebatados y poco reflexivos que cometen acciones para después deplorar su conducta y pedir ó no pedir disculpas. El estacionamiento puede ocurrir en la evolución del mundo afectivo-emocional, en la evolución del elemento de inhibición (intelectualidad) ó en ambos á la vez.

La integración del carácter desde el punto de vista de este elemento, consistirá en hacer recorrer al sujeto, á las edades normales, las etapas indicadas en el proceso de la afectividad y en el de la emotividad.

El elemento afectivo-emocional es de trascendental importancia en la integración del carácter, pero, repito, no debe exagerarse, porque todo desequilibrio redundará en perjuicio del sujeto.

III.—El tercer elemento integrante del carácter es la intelectualidad.

En síntesis, para no repetir nociones conocidas, la evolución natural tiende de las aptitudes adquisitivas, propias de todo el período de la niñez, á las elaborativas que, debutando en los prodromos de la pubertad, culminan en la edad adulta:

De las sensaciones á las percepciones, de éstas á su fusión en forma de ideas, cuya jerarquía irá de las particulares, por intermedio de las generales, á las abstractas; luego á la sintetización de las ideas, en forma de juicios, y por último, como etapa más superior, como complejización mayor, á los raciocinios.

El camino es ese.

El factor intelectual es de suma importancia en el proceso de integración del carácter. Representa una buena parte del factor adquirido, ó mejor dicho, en él debemos considerar una serie de agregados convertidos en subconscientes por la repetición conti-

nuada (asociaciones de imágenes, de ideas, hábitos mentales, etc.) y otra constituída por la casi totalidad de las adquisiciones recientes, en vías de subconciencización (cultivo de las aptitudes superiores de la mente; capacidad para el discernimiento, formación de un criterio propio).

El factor mental es, justamente, el que más ausente está en el niño, y tanto más, cuanto más pequeño es. El carácter se irá integrando gradualmente á medida que se enriquezca su esfera intelectual.

Se sabe que no bastan los conocimientos, es menester despertar las aptitudes y hacerlas capaces de un trabajo propio; en una palabra, perfectamente explicativa para todo pedagogo; no basta instruir, es ante todo necesario, educar.

La educación intelectual es de una trascendencia excepcional en la integración del carácter del adulto, y tan es así, que el vulgo mismo la consagra al disculpar con relativa facilidad una mala acción emanada de un sujeto ignorante, mientras que la recrimina en forma acre, si el que la ha cometido es un individuo instruído; como que existen infinidad de delitos solo imputables á la falta de conocimientos.

No es una novedad que el factor intelectual, por sí sólo, es insuficiente, como lo es el sentimental, pero de notar es que el predominio del primero jamás da al carácter del adulto el matiz ó *cachet* de carácter infantil y que, en definitiva, es (siempre que no se empleen medios ilícitos) más eficaz en la lucha.

Dentro de una misma orientación, veamos qué resultaría de la falta de integración normal del carácter, ó en otros términos, de la prevalencia de cualquiera de los dos factores psíquicos, afectivo-emocional é intelectual.

Supongo á la cultura física bien encaminada, al factor integrado.

Tomo por ejemplo, la formación del patriota.

A) Si la educación se dirige especialmente al cultivo de los sentimientos, orientándolos en el sentido del culto de la patria, primando la dirección belicosa; si se trata de exaltar las emociones de esa índole como base de la formación del carácter, (siempre que no se llegue á gastar por el uso la afectividad y emotividad infantil) sin que intervenga el factor intelectual, ó con muy débil intervención de este último, se obtendrá como resultado final un *patriotero* y no un *patriota*.

B) Si la educación toma como eje el cultivo del juicio y del raciocinio, mediante la discusión fría y razonada de los acontecimientos, de la actuación de los hombres, de las causas y consecuencias, etc., dejando que la afectividad evolucione por sí sola y tratando de descartar el factor emocional, se obtendrá simplemente un sujeto *calculador*.

C) Si se une al factor afectivo-emocional, el intelectual; si los afectos y emociones resultan robustecidos y justificados por el raciocinio, siempre que la orientación patriótica no sea unilateral, se obtendrá el tipo del *patriota*.

En este asunto debe tenerse en cuenta que la obtención sea de

B ó de C, es siempre más difícil que la de A, puesto que A se funda en el restringido campo afectivo-emocional de la niñez y B ó C para llegar á terminarse, deben haber recorrido etapas más superiores y exigen la intervención del factor intelectual. También B ó C, son incompatibles con varios períodos de la evolución psicológica individual, por la insuficiencia de los sujetos á esas edades.

De modo que según los casos, representan:

- A) Patriotero.
- B) Calculador.
- C) Patriota.

En los dos primeros casos no habremos conseguido nuestro objeto.

En A la educación representa el estacionamiento en las emociones de carácter violento y fugaz. El patriotismo del sujeto será el resultado de las impulsiones de su restringido mundo afectivo-emocional, exaltado por la educación; será como el del niño inconsciente de su misma afectividad, sin discernimiento y del punto de vista de la integración del carácter, será un *desequilibrado estable* á predominio del factor antiguo, del primero ó segundo tipo, es decir, conservador ó reaccionario, según que este factor obre como elemento de inhibición ó de impulsión.

En B tampoco conseguiríamos nuestro objeto, puesto que habríamos falseado la orientación del carácter y sin integrarlo del punto de vista que perseguíamos. El sujeto sería un indiferente que obraría exclusivamente á los dictados de su mentalidad, si el factor actuara como elemento de inhibición, ó un revolucionario que trataría de arrasarse con toda tradición que conceptuase inconveniente, si actuara como elemento de impulsión.

Para el fin propuesto solo en C lo obtendríamos, es decir, mediante la integración de B, no con A, que es insuficiente, sino con A más el cultivo de afectos y emociones de jerarquía superior.



Resumiendo, en el niño no se puede hablar de carácter, sino que, según la edad, se encontrará en tal ó cual etapa de la integración del carácter.

En la integración del carácter intervienen las aptitudes físicas y las psíquicas. El abandono de las primeras, redundará en perjuicio de las segundas.

Teniendo en cuenta los dos factores herencia y adaptación, transcribo de mi libro, LA EVOLUCIÓN PSICOLÓGICA INDIVIDUAL, *Tomo I, Psicología infantil*, el siguiente cuadro que da una idea sintética del proceso de integración, por períodos de la vida.

La herencia se irá integrando de acuerdo con la ley homócrona y la adaptación de acuerdo con el ambiente que rodea al sujeto:

PROCESO DE INTEGRACIÓN DEL CARÁCTER.

PERÍODOS DE LA VIDA	HERENCIA	ADAPTACIÓN
1º <i>Intrauterino</i>	A { Aparición é integración de los reflejos medulares (época de su predominio). — Actividad refleja.	I { Modificaciones que puede aportar el embarazo, sobre las condiciones vitales del embrión y del feto.
2º <i>Primera infancia</i>	B { Predominio bulbo - cerebeloso. — Actividad automática. — Afectividad funcional. — Necesidades, deseos.	II { I + Condiciones del medio (habitación, vestidos, luz, aire, alimentación, sueño, etc).
3º <i>Segunda infancia</i>	C { Predominio subcortical. — Actividad automático-instintiva. — Afectividad sensorio-motriz. — Emociones rudimentarias de carácter violento y fugaz.	III { I + II + la influencia de la educación del hogar, del ambiente familiar.
4º <i>Niñez</i>	D { Predominio subcortico-cortical. — Actividad instintiva y rudimentos de la voluntaria. — Afectividad ideo-motriz é ideo-sensorial. — Emotividad intermedia.	IV { I + II + III + influencia del medio infantil + influencia de la acción escolar ó sistemática.
5º <i>Pubertad</i>	E { Predominio cortical. — Actividad instintivo-voluntaria. — Afectividad sexual. — Emotividad de reacción violenta y duradera.	V { I + II + III + IV + influencia del medio juvenil y de la acción colectiva en la lucha.
6º <i>Edad viril</i>	F { Integración. — Predominio de los lóbulos frontales. — Actividad voluntaria. — Afectividad intelectual. — Emociones saturadas ó de reacción lenta y duraderas (aficiones, pasiones, etc.).	VI { I + II + III + IV + V + la influencia de la persistencia de V.

De esta manera el carácter de un joven de 14 años, por ejemplo, estará representada por el proceso de integración A + B + C + D, en lo pertinente al factor antiguo, ó sea á la herencia, y por el proceso I + II + III + IV en lo que se refiere al nuevo, al adquirido, ó sea á la adaptación; mientras que carácter heredado de un niño de 7 años, estará constituido por el proceso de integración A + B + C y el adquirido por el I + II + III.

Si I no fué propicio, mientras se integraba A (madre alcoholista, traumatismos físicos ó morales, intoxicaciones, etc.), influirá necesariamente sobre A y perturbada A, sobre B, C, etc., que se fundan en la buena integración de A. Siendo bueno el medio I, pudo ser malo II (alimentación artificial, falta de higiene, etc.); no in-

fluirá sobre A que está ya integrada, pero sí sobre su contemporánea B, y ésta sobre C, D, etc. Si la acción recién es nociva en III, influirá sobre la integración de C, D, E y F; si en IV, sobre D, E y F. Se ve, pues, que las consecuencias son tanto más intensas cuanto la acción perturbadora más se aproxima á I.

El carácter de un adulto, estará representado por el carácter innato completado, producto de las funciones complejas de A, más las superiores en complejidad de B, y en serie ascendente C, D, y E, y el adquirido gracias á $I + II + III + IV + V$.

La formación del carácter en los sujetos normales, no se dirige á A, B, C, D y E que irán completándose según un orden cronológico establecido en la filogenia y cuya modificación fundamental solo puede operarse en la misma filogenia, sino á I, II, III, IV y V, poniéndolos en las mejores condiciones de armonía con A, B, C, D, etc., en los casos de normalidad de A, B, C, D, etc. Cuando I, II, III, IV y V son desfavorables y A, B, C, D y E son normales, los perturba en su proceso de integración, y cuando I, II, III, IV y V son buenos, siendo anormales cualesquiera de los A, B, C, D y E, con diferencia de grado y dentro de ciertos límites, también puede encauzar su integración. El camino para modificar á A, B, C, etc., es el filogenético. Si las modificaciones en I, II, III, IV, etc., son las mismas y se perpetúan al través de muchas generaciones, siempre que sean factibles, es decir, que no sean demasiado violentas, sino racionalmente dosificadas, se incorporarán como caracteres de A, B, C, D, etc., cuyos caracteres reproducirán las generaciones sucesivas en su proceso ontogénico. Claro está que las modificaciones mediante este camino, son tanto más posibles, cuanto más nos alejemos de A y nos aproximemos á F, puesto que A representa un automatismo antiquísimo, es decir, definitivamente establecido.

Si la adaptación influye desfavorablemente en el sentido de modificar á A, las consecuencias son enérgicas, y según la intensidad, pueden hacer que el sujeto desaparezca en esa edad, ó muera en B ó en C, ó que no siendo suficientemente intensa para determinar ese resultado, llegue la influencia hasta F. Las consecuencias de los cambios son tanto menos violentas y duraderas, cuanto más lejos obren de A, de lo completamente automatizado. De esto se infiere que las modificaciones de A, B, C, etc., mediante la adaptación son tanto más difíciles cuanto más se aproximen á A, pero que en cambio son más duraderas, puesto que influyen sobre las etapas superiores.

Por eso es que las faltas deben corregirse desde temprana edad, pues de lo contrario el efecto de la corrección es efímero ó nulo.

La formación del carácter consiste en la integración normal de las etapas de la herencia, dirigida y auxiliada por la adaptación, siguiendo un riguroso paralelismo en estos dos factores integrantes.

RODOLFO SENET,

Profesor de la Universidad de La Plata.